escribir de una manera humorística sus sufrimientos.

En tierra firme era uno de esos hombres de conversación ingeniosa, agradable y llena de chistes de buena ley. Al día siguiente, al amanecer, nos encaminamos hacia el acantilado, y le guié hasta una casa en la que le alquilaron un ligero cochecillo para dirigirse á Lynton.

Mostróse mi padre tan poco dispuesto á hablar de lord Rothwell y de sus amigos, que hube de renunciar á hacerle ninguna pregunta. Después nuestra vida continuó siendo tan monótona como de ordinario.

III

Desde el día en que vi al yate con sus blancas velas henchidas por el viento llevarse á mis nuevos amigos á que presenciasen nuevas escenas ó visitasen otros países, empecé á darme cuenta de lo estéril de mi vida; ¿por qué, me pregunté, estoy condenado á vivir en este rincón del mundo? Los demás trabajan, se agitan y mueven, yendo y viniendo de una á otra parte, mientras que yo no participo ni de sus alegrías, ni de sus dolores, no siendo para mí nada los éxitos, desencantos, reveses ó triunfos de mis semejantes. Algunas millas de mar, valle y de landa forman todo mi horizonte; ¡cuánto no hubiera dado por abandonar mi agujero, mezclarme en el torbellino del mundo y dejarme, en fin, arrastrar por la corriente, siempre en movimiento de la humanidad!

Esto era lo que pensaba, y muchas veces, al ver pasar un vapor de cuya chimenea desprendíase larga espiral de humo, experimentaba accesos de

melancolía, soñaba y suspiraba. No obstante, nada nos obligaba á mi padre y á mí permanecer en aquel apartado lugar, enmoheciéndonos, por decirlo así.

Me pregunté, no teniendo más experiencia que la adquirida en mis libros, si algún día sería capaz de romper aquellas cadenas. Todas las noches tomaba la resolución de confiar al día siguiente, á mi padre, mis pesares; mas todas las mañanas imponíame su rostro melancólico, y el temor de hacerle sufrir impedíame despegar los labios.

Semejantes reflexiones parecerán sin duda asaz serias tratándose de un adolescente de catorce años; pero cuando ese adolescente se ve reducido á sus propios pensamientos, la discreción, lo mismo que el valor, no espera á que se cumpla determinada edad.

Dominábanme todos esos penosos pensamientos, cuando empecé á sentir un malestar indescriptible. No me gustaba ni me satisfacía nada. Este estado moral mío no pasó inadvertido para mi padre, el que, después de haberme mirado con mucha atención, me preguntó si deseaba algún nuevo libro ó cualquier otra cosa. Faltóme valor para confiarle mis penas.

Habíamos llegado al mes de Septiembre, y las veladas iban siendo cada vez más largas, y yo las pasaba leyendo ú oyendo tocar el piano á mi padre. Este habíame dado lecciones de música; pero el discípulo estaba muy lejos de poder igualar al maestro. Una tarde, en la que no era suficiente la luz para leer, quedéme reclinado en un sillón, escuchándole. En el cielo veíanse negros nubarrones que corrían empujados por fuerte brisa que soplaba del Norte, y los roncos ruidos del mar embravecido, formaban lúgubre acompaña-

miento á las melancólicas melodías que mi padre tocaba al piano.

Esto excitó de tal manera mis nervios, que no pude contener mis sollozos; estaba avergonzado; mas no pude evitarlo.

Abandonó mi padre el piano, y echándome el brazo al cuello, me preguntó:

—¿Qué es lo que tenéis, hijo mío? ¿Cuál es la causa de esa tristeza?

—¡Por favor, marchémonos cuanto antes de esta casa tan triste, ó de no hacerlo así, me parece que voy á morirme!

—Ante todo, mandemos que traigan la lámpara, y después hablaremos.

La luz me calmó, secáronse mis lágrimas y recobré mi sangre fría, humillándome y molestándome mucho mi emoción, y para disimularlo, quise sonreir mirando á mi padre, el que, fijando á su vez la mirada en mí, me dijo:

—Sois por desgracia poco feliz, Felipe, y no me apercibí de ello, porque obré como un verdadero egoísta. Vamos á ver si ahora me contáis cuáles son vuestras penas.

—Soy muy dichoso á vuestro lado, padre mío; sin embargo, á veces la soledad de mi vida...

—¡Ah! Comprendo lo que pasa... Experimentáis una necesidad: la de tener amigos de vuestra edad. Habladme con entera franqueza, pues porque así lo hagáis, no me he de ofender.

Mi padre estaba, no sólo conmovido, sino además sumamente triste, y sin embargo, no pude menos de exclamar:

—¡Estoy tan solo! ¡Tan solo!

Apoyó la mano en mi hombro y me dijo:

—Sí; obré con poco acierto, y Rothwell me lo indicó. Figuréme que circulando mi sangre por vuestras venas, os gustaría también la soledad. No os apuréis; todo está arreglado. En adelante,

no os impondré más la vida en este desierto. Hasta ahora, lo confieso, no se me ocurrió nunca la idea que pudiese llegar un día en que tuviésemos que separarnos.

—¡Cómo! Entonces quiere decirse que no vendréis conmigo.

—No, Felipe; es imposible; no pienso moverme de Torwood.

—Si así lo hacéis, conste que no dije nada. Desde hace algún tiempo estoy triste, no sé lo que me pasa.

—En efecto, ya lo observé; pero tuve miedo de decirme á mí mismo la verdad, y pequé por exceso de egoísmo. A Dios gracias, el remedio está en nuestra mano, y es bien sencillo; pasado mañana marcharéis á Londres.

—Decid más bien que nos iremos á Londres.

—No pondré nunca los pies allí. Si nuestra separación produce en el fondo de vuestro corazón algún pesar, esto os demostrará desde luego con cuánta frecuencia la realización de nuestros ensueños está muy distante de lo que aquellos nos prometieron. Ahora, hijo mío, no hablemos más de este asunto. Dadme las buenas noches y dormid tranquilo. Marcharéis el día que os he dicho.

Mostróse mi padre poco expansivo y bastante tranquilo cuando llegó el momento de la separación; su mirada no reveló ninguna emoción, y al parecer, consideraba mi viaje como la cosa más natural del mundo.

Siguiendo sus consejos, metí en mi maleta algunas obras de autores griegos y latinos, y una vez cerrada aquélla y tan bien arreglada como la de un marino, sentéme á la mesa enfrente de mi padre, no sin experimentar cierto sentimiento que tenía sus dejos de tristeza. Durante la comida, demostró mi padre alguna animación, dándome á

entender además que mi permanencia en Londres debía durar algún tiempo.

—Pero, ¿á dónde iré á parar?—le pregunté, pasando desde el país de los ensueños al de la realidad.

—Os entregaré una carta para el señor Grace, que es mi apoderado, y á pesar de que llegaréis á una hora bastante avanzada, os dirigiréis inmediatamente á su casa, en la que os prodigarán cuantas atenciones y cuidados sean necesarios.

Recordé la promesa que había hecho á lord Rothwell, y al indicárselo, mi padre contestó que no había ningún inconveniente en que fuese á verle, por más que, según creía, no se hallaba en Londres, de lo cual, sin embargo, podía asegurarme en persona. Por último, me entregó una carta de recomendación para el señor Grace y una crecida suma en metálico.

A pesar de la hora temprana de mi marcha, mi padre se empeñó en presenciarla, y poco después pude ver en lo alto de una de las torres una silueta sombría que parecía recortada en el fondo formado por el cielo azul.

Reconocí á mi padre que saludaba con el pañuelo; más tarde, por una ú otra razón, mi vista se empañó, y supuse que mi anteojo no estaba en el punto necesario; pero cuando rectifiqué la mira, no ví ya á nadie en la torre. «Bien miradas las cosas—me dije,—se trata sólo de una corta ausencia, y cualquiera que nos observase diría que no nos hemos de volver á ver.»

Un sentimiento, un pesar desconocido me oprimió el corazón hasta que desembarqué en Portishead. En este punto tomé el tren de la corta vía férrea que costea el amarillento río, y por ese camino llegué á Bristol. Al llegar á esta población, hube de esperar dos horas, porque habiéndose retrasado uno de los vapores, no pude tomar el tren de la tarde. Me paseé por la ahumada ciudad, examinando curiosamente el exterior de gran número de iglesias y el interior de algunas otras. Por todas partes se elevaban campanarios y torrecillas, y me llamó mucho la atención el continuo ir y venir de los atareados transeuntes. Así anduve curioseando por las calles y contemplando escaparates, hasta que llegó la hora de dirigirme á la estación. Era la primera vez que viajaba en ferrocarril, y si la corta línea de Portishead á Bristol me llamó la atención, figuraos cuál sería mi asombro al recorrer sesenta millas por hora, llevado velozmente por poderosa máquina que se abría paso á través de la noche sombría, dejando á su espalda los escuetos palos del telégrafo, que parecían huir de nosotros. Todo aquello parecióme extraordinario, lo mismo los torbellinos de encendidas chispas que se escapaban de la chimenea de la locomotora, que el ruido, el movimiento, el silbido del vapor, todo, en fin, me admiró tanto, que estaba aturdido, ensordecido.

Cumpliendo las órdenes paternales, tomé un coche, y mandé que me llevase al número 10 de Russel square.

Prodújome mucha impresión al ver aquellas calles tan anchas y largas, iluminadas por innumerables faroles de gas, y creí que mi cochero me hacía dar la vuelta á Londres. Sostienen algunos matemáticos que el espíritu humano sólo es capaz de concebir ciertas cantidades y que aun cuando hablemos á veces de billones y trillones, no tenemos idea de lo que esas palabras quieren decir. De la misma manera, todo aquel que no haya visto una gran capital, no puede formarse idea de lo que es ese inmenso avispero que se llama

Londres. ¡Dios haga que no intente yo su descripción!

Al llegar á mi destino, llamé con fuerza á la puerta, y acudió un criado á abrirla.

—¿Está en casa el señor Grace?—pregunté.

Contestóme de una manera afirmativa, y me hizo pasar á un saloncito. Habiéndome asustado lo enorme de las distancias, no quise despedir el carruaje. Al poco rato se presentó el señor Grace, que era un hombre que parecía tener de sesenta á sesenta y cinco años. De alta estatura y rostro completamente afeitado, tenía un aspecto muy solemne y hablaba con mucha lentitud, pronunciando cada palabra distinta y claramente y repitiéndola á veces como si esa repetición fuese necesaria para la claridad de su discurso. Al entrar, me miró con mucha atención á través de los anteojos.

Empecé por disculparme por presentarme á aquellas horas, ¡nada menos que las once de la noche! en un coche de alquiler y con una gran maleta.

—Hacedme el favor de enteraros de lo que os dicen en esta carta—díjele, entregándole la de mi padre.

Rompió el sobre, buscando ante todo la firma, hecho lo cual, me miró un momento, para volver luego á fijarse en el papel. Terminada la lectura, lo dobló con mucho método á lo largo, guardándolo en uno de los bolsillos del pecho. Acabada esa operación, me tendió la mano, estrechando con mucha cordialidad la mía.

—Me considero, señor Felipe, muy dichoso, quiero deciros tanto como es posible. He de añadir que á pocas personas he tenido tantos deseos de conocer como á vos. Poseo, gracias á Dios, una casa bastante espaciosa para recibir huéspedes y amigos.

Viendo que el criado entraba en la sala, le preguntó qué deseaba.

—El cochero que ha traído al señor, desea saber si se marcha ó se espera.

—Pagadle, sí, pagadle con generosidad, pero sin exceso, y en seguida haced que suban la maleta del señor Norris á su dormitorio, y dad orden para que le preparen la cena, que le serviréis. Ahora, señor Norris, tened la bondad de seguirme.

Subimos al primer piso, y mi acompañante me hizo entrar en un espacioso salón amueblado con suntuosidad. En éste hallábase una señora que tenía al parecer la misma edad que el señor Grace, y que, sentada al lado de una mesilla, se entretenía con una labor de aguja.

—Querida esposa—dijo el señor Grace con tono ceremonioso,—tengo el gusto de presentaros al señor Felipe Norris, hijo de uno de mis antiguos amigos y clientes, del que con mucha frecuencia me oísteis hablar.

La señora Grace me recibió con mucha amabilidad, y sus miradas, fijas con insistencia en mí, revelaban un asombro mucho mayor que el de su esposo. Sin poderlo remediar, me puse encarnado hasta lo blanco de los ojos. ¡Tenía yo un aire tan bobalicón!

El señor Grace añadió:

—El señor Felipe Norris vivió hasta ahora en el campo, solo con su padre, en una quinta de la costa del Devonshire.

—¡Pobre muchacho!—dijo la señora Grace.—En mi concepto, lo que necesitan los jóvenes es compañeros de su misma edad.

—Habláis como un libro, señora Grace, y el señor Norris, padre, se convenció al cabo de la gran verdad que acabáis de decir, y á eso precisamente es á lo que debemos la visita del señor Felipe.

—Pero, por desgracia, nosotros no somos jó-

venes—replicó la señora Grace, tomando á broma las palabras de su marido.

—Si yo tuviese pretensiones de pasar por joven, podríais, amiga mía, burlaros de mí; pero esto no hace el caso. El señor Norris desea que su hijo vea lo más notable de Londres, y será necesario que nos ocupemos del arreglo del programa.

—El primer punto de su programa—respondió la buena señora,—será la cena, el segundo un buen sueño para descansar, porque nuestro huésped tiene todo el aspecto de un hombre cansado. ¿A qué hora salísteis de vuestra casa?

—Al amanecer—respondí.

Y en efecto, entonces me sentía fatigado y con gran apetito.

Cené muy bien, haciendo honor á todos los manjares, y pensando en los placeres que me esperaban. Preocupábanme, sin embargo, dos cosas: la tristeza que mi padre debía experimentar, y la curiosidad de que era yo objeto. Díjeme, no obstante, al ver mi imagen reflejada en un gran espejo, que bien examinado, mi exterior no tenía nada de desagradable.

IV

Al día siguiente, además del señor Grace y su esposa, vi á sus dos hijos, robustos muchachos, á los que empezaba á apuntarles la barba. Al observar su manera de saludarme, comprendí que nada de lo que había en mi persona les parecía extraordinario. Lo mismo que yo, eran fanáticos por toda clase de deportes, gustándoles sobre manera remar, pescar y otros ejercicios parecidos, y la semejanza de nuestros gustos fué prenda de simpatía entre nosotros. El más joven de los dos hermanos se ofreció á acompañarme aquella noche á la Opera.

El señor Grace, al que agradaba mucho vivir cómodamente, quedóse de sobremesa después de marcharse sus hijos. Sacó del bolsillo la carta de mi padre, y con mucha gravedad, la puso al alcance de la mano, á la cuenta por si la necesitaba para tomar algún dato. Fué el primero que habló, y encarándose conmigo, me dijo:

—¿Qué edad tenéis, señor Norris?

—La primavera pasada cumplí catorce años.

—¡Nada más que catorce años! Cualquiera, al veros, diría que tenéis muchos más. Es de creer que vuestro padre se equivocó. De manera que vais á ir al colegio de Harrow...

—¿De veras?—exclamé con el tono de la más viva satisfacción.

Recorrió la carta á la ligera, y prosiguió diciéndome:

—Esas son las palabras de vuestro padre, y es más, desea que el ingreso se verifique cuanto antes. Creo, sin embargo, que dada la época del año en que estamos, hemos de tropezar con alguna dificultad.

—Si ocurre algo de eso, tal vez tendré que volverme á mi casa.

El señor Grace volvió á leer la carta.

—Vuestro padre—contestó,—no dice nada, y si la memoria no me es infiel, es de esas personas que desea se cumplan sus órdenes.

Sin dejar de paladear con aire meditabundo su taza de café, siguió diciéndome:

—Es vuestro padre, señor Felipe, un hombre extraño; pero en este caso, es para mí indudable que quiso evitaros el pesar de una nueva separación. Voy á llamar á John para darle orden de que se ponga su traje nuevo y os acompañe

á donde queráis. Podemos hoy prescindir de sus servicios. Es hombre respetable y tiene cierta educación. Hubiera querido serviros yo de cicerone, mas no puedo hacerlo, por tener urgentes ocupaciones.

Dicho esto, me abandonó, y al poco rato se presentó Jhon, poniéndose á mis órdenes. Al ver su traje irreprochable, me dije que no podía cobijarme bajo las alas de pájaro de mejor plumaje, y al vernos pasar, más de uno debió decir:

—¡He ahí un provinciano y un londonense!

John se mostró muy atento y hasta protector, y la expresión de su rostro me probó que tomaba en serio su papel. Sin ningún género de duda, mi guía era asiduo concurrente á las cervecerías de segundo orden; si bien hay que decir en favor suyo, que á mí me recomendó el uso de la limonada y la cerveza de jengibre. En cuanto á él, como sufría tanto de flato, lo que expresaba valiéndose de un monosílabo, tomó licores que tenían por base más ó menos alcohol. Por esa razón no me sorprendió cuando volví á Reisselgate, oir decir que á consecuencia de tan repetidas libaciones, había tenido John que acostarse y reemplazarle una de las criadas en el servicio de la mesa.

Visité á conciencia todos los monumentos y edificios notables; pero he de confesar que la animación de las calles, el continuo ir y venir de los transeuntes y el incesante rodar de los carruajes, me llamaban la atención más que todo lo demás, haciéndome reflexionar mucho aquel flujo y reflujo incesante de hombres y mujeres que corrían atareados á sus negocios ó á sus placeres. Ni uno solo tenía un pensamiento común conmigo, y creíame aún más aislado en medio de aquel inmenso hormiguero humano, que en Torwood, en donde sólo disfrutaba de la vista del

mar, con sus olas siempre en movimiento. Al enviarme á Londres mi padre obró de una manera acertada, porque de haber permanecido más tiempo en nuestra aislada casa, habríame convertido en un filósofo precoz, en un escéptico juvenil y un egoísta intratable.

Poco tiempo tardó el señor Grace en decirme que estaba todo arreglado, y que en el mes de Septiembre podría ingresar en el colegio de Harrow. Así lo hice, y á despecho de las inmutables leyes de la naturaleza, cada día que pasaba en el docto establecimiento, parecía rejuvenecerme más y más; ¡al cabo había encontrado camaradas y amigos! Por más que no tuviese la práctica de ciertos juegos de colegio, mi disposición para aprenderlos, mi fuerza y mi destreza, suplieron á la falta de experiencia. Tenía yo elevada estatura, fuerte complexión, y era además, avispado, diestro y emprendedor, y muy pronto llegué á ser uno de los más hábiles aficionados del «croket-ground» (1), y un hábil «gentlemancroketer.» Híceme muy popular entre mis camaradas, y conseguí la estimación de mis profesores, todo lo cual contribuyó á que me agradase, bajo todos sus aspectos, la vida universitaria. Durante las vacaciones, puedo decir que, excepción hecha de algunos días pasados en Londres, ó en casa de algunos amigos, apenas salí de Torwood. ¡Parecía mi padre contento al verme á su lado!

Mis convecinos jóvenes, al saber que yo iba con ellos al colegio, creyeron que nada era más natural que el admitirme á participar de sus juegos, y por otra parte, poseyendo un caballo de silla, no había inconveniente para mí en franquear veinte kilómetros para asistir á una cacería, á una pesca ó á una partida de «tawntennis.» Con mu-

(1) Pradera destinada al juego de *croket*.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

cha frecuencia quedábame en casa leyendo ó paseándome con mi padre, haciendo entonces la misma vida que lleváramos antaño.

¿Cuál podía ser el origen de la melancolía de mi padre? ¿Habíase vuelto hipocondriaco á consecuencia de la muerte temprana de su joven esposa, mi madre? Esto no era muy probable, porque nunca pronunciaba su nombre. ¿Tendría algún motivo de queja de sus semejantes? ¿Había visto desvanecerse sus ensueños ambiciosos? Su inteligencia, que era de primer orden, hacía que esta hipótesis fuese inadmisible. Aunque joven aún, viviendo solo, como lo hacía, sin frecuentar el trato de ningún amigo, más bien parecía un eremita. Al volver una vez á casa, después de pasar unos días en la de un amigo, que estaba llena de tías, primos y primas, no pude por menos de manifestar á mi padre la sorpresa que me causaba no conocer á ningún pariente, y entonces me respondió:

—¿Y á qué viene el que os preocupéis con eso? Procurad crearos muchas amistades, porque los amigos causan á veces menos disgustos que los parientes.

—¡Me da mucha pena el no haber oído hablar nunca de mi madre! Decidme al menos si me parezco á ella.

—No, Felipe, y por dicha para vos, sois en todo mi retrato.

—¿Era hermosa? ¿Me quería mucho? ¿En dónde murió?

A medida que hablaba, fuime enardeciendo.

—Vuestra madre era de una hermosura notable, y os quería muchísimo. Murió en el norte de Inglaterra, cuando sólo teníais tres años.

—¿La amabais mucho, padre mío? ¿Sentísteis mucho su pérdida?—pregunté, sintiéndome como herido por la sequedad de sus respuestas.

—Sí, la amaba con toda la energía de que es capaz mi alma.

Al decirme estas palabras, adquirió su rostro una expresión dolorosa que jamás había observado en él.

—¿Fué, sin duda, después de su muerte cuando vinisteis á vivir aquí?

—Sí, hijo mío, y ahora ya lo sabéis todo.

Esto, como era natural, no podía satisfacerme, y á los pocos minutos insistí, diciendo:

—¿Y no tenéis ningún retrato suyo?

—No, ninguno que pueda enseñaros.

Por experiencia, sabía que era inútil insistir. Cogí otra vez un libro, y con el pretexto de leer, me entregué por completo á mis pensamientos. Era muy penoso para mí no saber nada de mi madre, muerta tan joven y hacía tantos años. Como marido, habría podido quizá mi padre sufrir alguna humillación por parte de su esposa; pero ésta para mí era mi madre, y como hijo, debía respetar su memoria, fuese cual quisiese la posición social en que la suerte la hiciera nacer. No volví á hablar más de aquel asunto, proponiéndome empero volver á insistir en mis preguntas cuando llegase á mi mayor edad. Tenía derecho á hacerlo así. Al terminar mis estudios, fué preciso pensar en escoger una carrera, y hablando un día con mi padre del asunto, le dije.

—He pensado sucesivamente en la marina y en el ejército; pero ahora prefiero ir á estudiar á Oxford.

—Está muy bien; pero, ¿y después?

—¿No podéis darme ningún consejo?

—No, porque eso es cuenta vuestra.

—¿Qué os parece el foro?

—Si tenéis afición, será un medio para satisfacerla. Tenéis dotes naturales á propósito para esa carrera. Vuestro físico, y el timbre agradable de

vuestra voz serán elementos seguros para el éxito. Pues bien; dedicaos al foro.

Repugnábame, por una parte, la idea de una vida viciosa, como debe sucederle á todo joven que tiene sangre bajo las uñas, y por otra ignoraba por completo cuáles eran los medios de vida de mi padre, si bien á juzgar por la crecida pensión que me pasaba, debía suponer que tenía una posición desahogada, mas no estando acostumbrado en Torwood á ver tirar el dinero por la ventana, deduje que tenía que trabajar para vivir. Al regreso de un viaje que hice al continente, en donde debía pasar algunos meses, pensaba dirigirme á Londres para dedicarme al estudio y práctica de los pleitos.

Mi resolución de dedicarme al foro divirtió, al parecer, mucho á mi padre.

—¡Muy buena idea!—exclamó.—Es una carrera á la altura de toda ambición; quiero expresar que exige grandes esfuerzos para llegar á lo alto de la escala. Si hoy hay más pleitos y procesos que antaño, hay también, en cambio, más abogados; pero no obstante, si la suerte os ayuda, conseguiréis crearos cierta nombradía.

Intenté, sin poderlo lograr, que mi padre me acompañase y se estableciese conmigo en Londres, y en la apariencia, no supe defender, y perdí este primer pleito. Por su parte, aconsejóme que alquilase un buen piso, en el que debía instalarme cómodamente, ingresando, al mismo tiempo, en algún club, formado por personas respetables.

—¿Lo creéis así?—repliqué.—Tal vez con esa conducta gravaría demasiado mi presupuesto.

—He dado orden al señor Grace para que pague vuestros gastos, siempre que estén dentro de lo prudente. Si vais demasiado deprisa, mi apoderado os avisará con tiempo, tirando de la rienda.

—De modo que, según eso, podéis subvenir á mis gastos con tanta generosidad.

—Sí, puedo hacerlo, porque ahorré en vuestro obsequio mucho de mis rentas. Para mí, no hay nada ni nadie más que vos en la tierra.

Al siguiente día salí de Torwood, emprendiendo el viaje para irme á establecer en Londres.

V

En Albermale Street, encontré un piso que me convenía bajo todos los puntos de vista, pero su precio me pareció tan elevado, que me creí obligado á hablar al señor Grace antes de cerrar el trato. Grande fué el asombro que experimenté cuando observé que no hacía objeción á mis planes.

Alentado por esa conducta y por sus respuestas, añadí:

—Ahora hay que tratar de la cuestión de mobiliario.

—Los jóvenes de hoy—replicó el señor Grace, —tienen una afición al lujo y á la comodidad, que en otro tiempo no se conocía.

—¿Cuánto creéis que puedo gastar al año?—pregunté al cabo, poniendo esta vez los puntos sobre las íes.

—El señor Norris no me dijo cuál era el máximum; únicamente me encargó que pagase vuestros gastos, siempre que fuesen razonables.

—Pues bien; quisiera yo saber qué es lo que entendéis por razonable—dije.

Quedóse un tanto cortado el señor Grace, que al poco rato salió del paso respondiéndome con su acostumbrada calma: